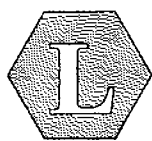


Atavismos de Blanca Aurora Mondragón: ancestrales raigambres del desmoronamiento

Jennie Ostrosky

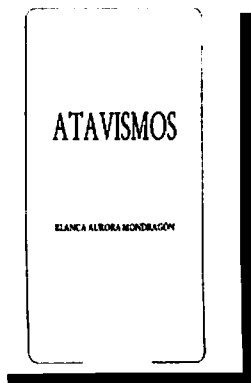
Quién sabrá jamás en qué momento la madre
transfiere al hijo la herencia.
Y con qué sombrío placer.



La herencia es en un sentido garantía de lo permanente de la sangre y en otro, menos comentado, la aparición de un código de conducta remoto que circula en las venas desconocido, incomprensible y, a veces, peligroso, en torno del cual giran los relatos “Gemela” y “Sucesión” que conforman el libro *Atavismos*, quinta entrega de Blanca Aurora Mondragón precedida por: *No sé cómo decírtelo pero creo que la gente lo sabe* (1988), *La espera* (1991), *Yo creo* (1994) y *Nueva cuenta* (1994). A casi diez años de la publicación de su primer trabajo narrativo, *Atavismos* testimonia la consolidación de una autora solvente en el género y con estilo definido.

Presos de la raigambre misteriosa de la herencia, los personajes de *Atavismos* parecen más que vivir, deambular, y es precisamente el encuentro con las fuerzas ocultas que, paradójicamente llevan en la propia sangre, lo que les revela vértigos y profundidades que los escinden de sí mismos y distancian de los demás, sumergiéndolos en el dolor del desmoronamiento, asediados y paralizados por la memoria unos, sujetos de muerte violenta otros: aislados todos del influjo de la vida, en un tiempo fantasmal que se filtra entre los resquicios del fastidio de la existencia con incontrolable desasosiego y ácido rencor desenfrenado.

Prosa intensa, adolorida, y al tiempo catártica, que aborda situaciones extremas por medio del monólogo interior de sus narradores: masculino en el caso de “Gemela” y femenino en el de “Sucesión”.



Ritos de iniciación y de muerte que conducen a la angustia implacable pero también, finalmente, a la liberación.

Fieles a la técnica del monólogo interior, los personajes equilibran el “yo narrativo” –que revela con entera desinhibición sus sentimientos más íntimos y sus dudas más secretas– con el “tú” expreso, necesario para volver significativa la enunciación y redondo el relato que fluye y resuelve así las tensiones generadas entre el incontrolable impulso erótico y el desquiciante freno del remordimiento. A través del dominio de esta técnica, los seres que emergen de la pluma de la autora, alternan, dialogan e incluso litigan entre sí.

“Gemela” empieza con la frase: “Esto me tiene sumergido en la ciudad, en el fondo de la ciudad”. De inmediato, surge ante el lector, la pregunta por el sujeto escamoteado: el “esto” al que alude el narrador es, precisamente, la primera emergencia de fuerzas misteriosas, atávicas e incontrolables que se debaten en el precipicio de la existencia. El relato se inicia con extrañeza, con un vacío inexorable reforzado por el contexto de una ciudad que ejerce, como la faceta inasible de la herencia, ocultas y a pesar de todo fascinantes, tentaciones hacia el abismo, símbolo de erotismo culpable, que Blanca Aurora Mondragón intercala con audaz y preciso manejo de atmósferas:

La ciudad –confiesa el narrador de “Gemela”– me sumerge, me obliga a hundirme en sus cloacas; me obliga a ver calles llenas de basura y desperdicios, me obliga a oler sus drenajes desbordados. La ciudad me succiona hacia sus entrañas.

Jennie Ostrosky. Poeta. Autora de, entre otros títulos, *Ritos de fuga*, UNAM, 1995.

Ajeno a sí mismo, víctima de una memoria taladrante y de un presente sin consuelo, el protagonista revive un tiempo iniciático que trasciende la esfera de lo real y lo biológico, inmerso en los ineludibles lazos de familia y, más que nada, en la culpa. Iniciado sexualmente por una tía, una de dos hermanas gemelas de su madre, el narrador se halla atrapado entre las coordenadas –acertados nudos del conflicto narrativo– detenidas, oxidadas casi, en adolescencia y vacío. El atávico impulso que parece conducir inexorablemente al pecado, se verifica en el relato a partir de una relación sexual iniciática, prohibida y anatemizada como tabú tanto por factores familiares como religiosos, que clausura la evolución del personaje condenado a un pasado de remordimiento y deseo, que lo incapacita para vivir el presente.

La autora maneja con soltura y originalidad el discurso culpígeno a través de una ambigüedad que se torna poética en figura duplicada mediante el significado único del vocablo gemela que alude y abarca a dos sujetos: iniciadora e iniciado –espejo y azogue de una misma culpa y de una misma pasión desenfrenada. El discurso narrativo se torna muy eficaz. Da la impresión de que el hombre que recuerda su adolescencia es más gemelo de la hermana de su madre que la melliza biológica y es que es, en realidad, gemelo de condición espiritual, paria de la vida; sumergido en una ausencia presente, exiliado del mundo, de las normas morales y del consuelo:

No te toqué más, gemela. Y me hacías falta. Deambulé por la casa días y noches buscando tu sombra. El olor de los geranios machacados entre mis dedos solamente hablaba de tu ausencia. Y la sombra de las plantas sobre el patio durante los atardeceres amarillos estaba vacía de ti, gemela mía, ausente.

Así, es a través del trabajo poético de la autora que la condición gemelar adquiere matices más allá de lo biológico e inclusive del mundo estrictamente sensorial y muestra a dos seres, pobladores del vacío, que comparten especularmente un desasosiego implacable e irredento; condición, al parecer, del desencanto de fin de siglo y de milenio, estigma del ser que es y ha sido, genéticamente marcado por incurables heridas veladas, aún cuando la vida pareciese seguir su curso entre las luces de las ciudades; el trabajo fallido de las coladeras; el sistema y sus gerentes. Estamos, pues, frente al choque

de dos universos: castigo sentenciado por el dogma, placer liberado por el sexo; diferencia de cuerpos que estallan de deseo, unión de casa y parentesco; iniciados, condenados a un tiempo cancelado.

En el relato “Sucesión” nos encontramos también frente a seres abatidos por invisibles e incontrolables fuerzas. Una voz femenina hace el recuento de una relación sujeta al desgaste violento, describe el triunfo de la crueldad frente al amor irredento, la victoria del dolor. Podría afirmarse que el desmoronamiento predestinado e implacable –lento deterioro en la cima de la cima– sujeto a leyes que se hallan en otro tiempo, en otro curso de la sangre, frente al que se es impotente, es el verdadero protagonista de ambos textos.

“Sucesión” trata de la destrucción de una pareja erosionada por el miedo obsesivo, cuyo núcleo maligno parece fraguarse en algún lejano eslabón de la ascendencia: mezcla de sangres y creencias, de comportamientos y ritos fetichistas, supersticiones y prejuicios al acecho desde un tiempo primigenio como el odio y el deseo puros, inmemorables e inmanejables. El mal –susurro que se torna rumor y luego sordo, estéril grito– se gesta suave, inexorable e imperceptiblemente y se despliega a través del rencor milenario e indescifrable así como de las ansias de exterminar a lo que se ama y de amar a lo que se mata. Vuelve uno de los temas recurrentes de Blanca Aurora Mondragón: el tiempo tatuado y clausurado por misteriosas fuerzas malignas y la imposibilidad del amor enfermo:

Me daba la impresión de que me ocultabas algo que se estaba gestando en ti, o en nosotros, dentro del cuarto que habitábamos y que cada noche a partir de ese tiempo se fue haciendo más oscuro e inescrutable, lleno de un pesado desasosiego cohabitando con la fragilidad de dos seres indefensos frente a la hostilidad del destino; de los dioses o de las fuerzas ésas que nos llevan a cuestras o que llevamos a cuestras por un camino que no queremos seguir; pero que seguimos estúpidamente porque no podemos regresar...

Atavismos es un libro de gran intensidad, redondo en su contenido que renueva la discusión del ser frente al destino y el libre albedrío y que opta, como lo demuestran la palabra final de ambos relatos, que es, precisamente el vocablo no, por negar la irresponsabilidad de la persona frente a la opresión. ◯